

Columna de The Mirror
12-19
Obispo William Joensen

Misterio Inmutado

Cuando el sacerdote Zacarías, esposo de Isabel y eventual padre de Juan el Bautista, tuvo su primer encuentro con el ángel en el santuario y escuchó que su esposa de edad avanzada se iba a embarazar, de primera instancia se muestra dudoso a creer las buenas noticias. Y por lo tanto el arcángel Gabriel le dice que se quedará sin hablar hasta el nacimiento de su hijo, debido a su falta de fe (ver Lucas 1:18-20). De hecho, el sacerdote ha enmudecido por sí mismo las maravillosas obras de Dios, sofocando la proclamación de la buena nueva.

Existen por lo menos un par de razones de por qué se ha llevado un “enmudecimiento del misterio” contemporáneo. Uno, cuando comenzaron a relucir los casos de abuso del clero contra menores, así como otros casos en que faltó la vigilancia de los pastores de la Iglesia, algunas personas en la sociedad e incluso en la Iglesia piensan que los sacerdotes y los obispos han comprometido su autoridad para predicar y enseñar sobre asuntos de la fe y moralidad – o que incluso han renunciado a su autoridad por completo. ¿Cómo puede un sacerdote hablar con credibilidad respecto a problemas de justicia social – tal como el respeto a la dignidad de las personas, incluyendo mujeres y niños, las opciones para los pobres y para los más vulnerables, los lazos de solidaridad que tienen raíces en las familias que es donde se genera la vida por medio del amor entre un esposo y una esposa, así como la búsqueda del bien común que depende del respeto mutuo – cuando algunos de sus colegas han ignorado la confianza y enturbiado el valor de estos valores con su vergonzoso ejemplo?

Segundo, aquellos a quien los pastores de la Iglesia predicán – incluso en donde los sacerdotes y obispos llevan vidas ejemplares—muchos se distraen o pierden interés debido a la

estática prevalente a que les lleva su fe ambivalente y la incredulidad voluntaria. El Papa Francisco reconoce que, para muchos jóvenes “Dios, la religión y la Iglesia parece palabras vacías,” y por lo tanto “no piden nada de la Iglesia...” excepto “que los dejen en paz, ya que sienten que la presencia en la Iglesia es una molesta, e incluso irritante.” (Cristo está Vivo, n. 39).

Aún así, el desechar la prédica del Evangelio, incluyendo el mensaje de Navidad en que “hoy le ha nacido un salvador que es ambos Mesías y Señor,” en base a testimonios inconsistentes o la molestia de estar involucrado, es perderse del poder inherente de la palabra de Dios. El Verbo hecho carne es la esencia del Evangelio; la encarnación del Hijo de Dios significa que nuestra humanidad, débil y quebrantada, es a la vez el medio y el mensaje por el cual Dios nos habla todo el tiempo. No necesitamos el teléfono o instrumento más moderno esta Navidad para poder capturar e interpretar los que nuestros oídos y nuestros corazones están previamente “programados a recibir.” La Palabra de Dios inscrita en verdaderas vidas humanas – tanto como para aquellos que predicán como para aquellos que en veces pueden en ocasiones distanciarse pero que deciden vivir en la fe, nos presiona a cumplir como Dios lo considera adecuado. El trabajo de Dios puede retrasarse por faltas o inconsistencias humanas, pero al final no será sofocado, ya que carga con la energía y potencial que comunica el Dios vivo, quien nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos.

En cierto sentido, ¡la Iglesia no puede ayudarse a sí misma! El Verbo que nace es la causa misma de la existencia misma de la Iglesia; como resultado, hemos sido bautizados y nombrados administradores de un misterio que, a pesar de ser sumergido en el mar de palabras que nos rodea, y que repica un llamado que resuena profundamente en el alma de quienquiera que desee acogerlo en su corazón, sin importar la temporada del año.

Los sacerdotes y obispos, cada vez que se presentan ante su pueblo, están profundamente conscientes de sus propias imperfecciones y de cómo sus propias vidas están sujetas a las medidas de las palabras que ellos proclaman. Como observaba el Cardenal Avery Dulles, “Cada predicador se predica a sí mismo.” Veo que San Simeón es un amigo de las almas cuando declara: “Deseo permanecer callado – si solo hubiera podido hacerlo – pero tan gran maravilla hace que mi corazón lata más rápido, y abre boca, mi imperfecta boca, y me hacer hablar a pesar de mí mismo.”

Cuando hablamos de nuestros jóvenes que buscan palabras que sean lo suficientemente valiosas en las cuales basar su vida, ¿qué tanto más dependemos de los laicos bautizados, padres de familia y compañeros de trabajo, quienes ejercen su propia vocación sacerdotal cuando traducen la palabra de Dios en las Escrituras, compartiéndola, en conversaciones personales, en dar testimonio de fe con sus propias vidas dondequiera que hablen o se reúnan? Si se presenta un embarazo no planeado, como les sucedió a Zacarías y a Isabel, ¿cómo podemos dudar que Dios, que ha permitido que se milagro se realice, no vaya a abrir la puerta a recursos de amor y de apoyo material en las comunidades que se observan el misterio de la Navidad como algo más que un sentimiento, como algo más que la oportunidad de dar y recibir cosas?

Más que nunca, los Cristianos Católicos necesitan ser más atrevidos que solamente ir a la iglesia en Navidad y considerarlo como una responsabilidad cumplida; necesitamos inmutar las palabras del Verbo que es Jesús. Nosotros necesitamos dejar que el misterio de su venida entre nosotros como un ser humano igual que nosotros en todo aspecto excepto en el pecado, sea la buena nueva de la que no podemos guardarnos: “¡Venid y adorémosle!”